



muere cantando. Después de la victoria se entrega al pillaje. Es amante de las joyas, y se adorna con los collares de esmeraldas y los cascotes cincelados que los mercaderes fenicios llevaban hasta sus costas. Es cruel, corta las cabezas y ata los cabellos á su cintura ó al petral de su caballo. Guarda los cráneos, los sala y los coloca en el cofre de honor de su familia. Si muere, su cuerpo es llevado con honor é inhumado en una fosa, sobre la cual el gran sacerdote de la tribu ha practicado ceremonias de bendición. Sobre la tumba de su jefe se degüellan sus caballos, algunas veces sus siervos, y se le erige un elevado túmulo.

El eúscaro es pastor como sus padres. Su lengua no tiene, para expresar la riqueza, más que esta palabra: *aberat sua* (el que tiene numerosos rebaños). Todo recuerda en él las costumbres patriarcales, principalmente esa antigua hospitalidad que se complace en ejercer en virtud hereditaria. «Señor extranjero, repite el pobre aldeano, os ruego creais que la casa de mi padre no es una posada (1).» No es rico y sabe satisfacer con poco sus necesidades. Ama la caza y no es insensible á las fiestas; en los grandes banquetes de carne de jabalí, animados con vinos de la Liguria, presentan á los convidados grandes cuartos de vianda asada en anchos platos de hierro ó de cobre.

Los eúscaros, según hemos dicho, no eran absolutamente un pueblo agrícola; se habían entregado á los trabajos de la industria; las minas de oro y de plata que encierran las montañas, y las pepitas de oro y de plata arrastradas por los ríos (2), fueron explotadas por medio del fuego; para este objeto abrieron inmensos subterráneos. En nuestros días todavía el aldeano aterrorizado cree oír en la *Balzola* (3) los golpes de martillo y el terrible ruido de las tenebrosas fraguas, en donde trabajaban las almas de sus antepasados, primeros poseedores de estas maravillosas cavernas.

Allí es donde se preparaban los metales que constituyeron largo tiempo la riqueza de la

(1) Balbi, *Atlas etnográfico*; Humbolt, *Pruefung*, etcétera.

(2) Strabon, IV; Diodoro Sículo, V.

(3) Chao, *op. cit.*

Iberia, y donde se templaban las armas, cuyo secreto se ha perdido y cuyo renombre era célebre en el mundo entero.

La familia no perdió nada de su poder y de sus lazos. La monogamia reina en el hogar doméstico; la mujer es libre en su elección y rodeada de respeto. Frecuentemente también es consultada sobre los negocios políticos y toma asiento en las deliberaciones públicas. Tal nos parece la tribu Ibérica. Sus jefes son independientes; su poder, absoluto durante la guerra, está templado por los consejos de los ancianos, que hacen las leyes y deciden los intereses comunes. Una confederación une á los pueblos vecinos, y el gran jefe que la gobierna lo es por elección (1).

Recuérdense las narraciones que la ciencia nos ha restituido y que representan la vida de los arya primitivos, y dígame, dice Niancey, si alguna vez ha sido más claramente revelados un parentesco moral y social semejantes (2).

No menos notables y más decisivas son las aproximaciones de doctrina mitológica.

Al recorrer sus tradiciones, se creería oír uno de los himnos de los vedas ó del Avesta cantado por los bardos. No habrá en ellas, por decirlo así, más que algunas disonancias y algunas palabras que cambiar; tanta es la afinidad que la lengua eúscara tiene con el idioma sagrado que ha sido la fuente del sanscrito y del zendá (3).

Oigamos su cosmogonía:

«*Leheren souque* (la serpiente primogénita), dormía en sí misma, en el lago interior, el estanque del fuego; su profunda respiración hacía resonar los ecos de los lugares inferiores. El *huevo-mundo*, que le sirve de envoltura, parecía próximo á quebrarse á los convulsivos movimientos que agitaban el monstruo en su letargo. El ángel del *Iao* dejó caer en el Océano la sexagésima gota de su clepsidra que marca los tiempos; proclamó el fin y la consumación de los siglos é hizo sonar siete trom-

(1) Así, pues, había en la Aquitania una confederación de veinte tribus. *Cenac-Montcault (op. laud.)*

(2) Véanse nuestros capítulos de la Persia y de la India.

(3) A. Chao, *loc. cit.*



petas de cobre. A esta señal, *Leheren*, el gran obrero de Dios, se despierta sobresaltado en sus cavernas, abriendo siete terribles bocas, de donde salen los volcanes. En diez días consume y devora la antigua tierra, y de su larga cola amasó la nueva tierra en las aguas del diluvio. Después, acabada su obra, el dragón se enrosca de nuevo sobre sí mismo, y se vuelve á dormir, mecido día y noche por cuatro genios, esperando el despertar de los siglos y la aurora del tiempo nuevo.

Entre tanto, una multitud de hombres y de mujeres, horrorizados de la caída del mundo, se habían refugiado en las montañas; fueron convertidos en piedras: esta metamorfosis duró diez siglos, después de los cuales fueron vueltos á su primitiva forma por el canto divino de un pájaro luminoso. Su posteridad repobló durante la primera edad el Africa, España, Italia y las Galias. Dispersó sus colonias hasta la Persia, que recibió de ella el nombre de Irán.»

Aquí se manifiesta plenamente la vanidad nacional de los descendientes de los eúscaros. Como entre todos los antiguos pueblos, la tierra en donde definitivamente se fijaron es el centro y la cuna del mundo. Pero esta pretensión no hace más que confirmar la verdad que pretende aniquilar. Este recuerdo del Oriente, de la Persia en particular, este nombre antiguo de Irán, son preciosos girones, curiosas ruinas. Es un acto de procedencia que establece la filiación de los arya.

También han conservado la fe en el Dios único y criador; el Eterno se llama *Yaincoa* (1); Él es la inteligencia soberana; la ciencia por excelencia es la que trata de Él, *Yaincoquindoa* (2); y como Él es omnisciente, de Él es de quien toda ciencia toma su nombre, *Yaintusnua* (3). Pero á esta pura noción se mezcla bien pronto el culto falsificado de las inteligencias y de los espíritus. En la cima de las

(1) *Cenac-Montcault* considera que en este hay un recuerdo del Jehová de los israelitas. La Iglesia Católica ha dejado á la lengua vasca conservar este nombre al Altísimo.

(2) La teología ó ciencia del Eterno.

(3) El *sábio* es *Yaquinzuna*. *Cenac-Montcault, op. cit.*

montañas se honra á los ángeles y á los genios, mediadores entre el hombre y el Sér Supremo, y por esta razón el comercio protector establece entre ellas y el hombre un continuo cambio de beneficios y reconocimiento.

La adoración del fuego, símbolo del oriental, se vuelve á encontrar también hasta en nuestros Pirineos; ellos mismos, como su nombre *montañas de fuego* (1), parecen dar de ello gigantescos testimonios.

El sol tenía igualmente sus adoradores, y en las elevadas cimas de los montes vive todavía el recuerdo de la república solar de los patriarcas, de los magos (Jaon-Astiak) que alimentaban el fuego sagrado, y de los cuales el hechicero Ahenemendi (2), el vidente del país vasco, conservaba todavía el recuerdo y las prácticas.

El sol es llamado el padre y el Dios de la nación, como en la Bactriana, y á su culto se une el de los demás astros, en particular de la luna, Hillarguia, luz de los muertos.

De la veneración de los astros á la de las montañas, no hay más que un paso, cuando se divinizan las fuerzas de la naturaleza. El pueblo eúscaro se inclinaba ante los elevados picos que eran el asilo de su libertad y de donde venían las tempestades.

Tal es este venerable pueblo, cuyas vastas ramificaciones han cubierto el primitivo suelo de nuestra Europa. Dejando á retaguardia algunos de sus hermanos, avanzó hacia esta Iberia que ha llevado siempre su nombre; puesto en marcha, midió las estepas de la Sarmatia, atravesó las gargantas de los Carpatos; avanzó

(1) Es sabida la fábula que los griegos inventaron sobre la etimología de los Pirineos: Hércules, llegado al límite de la Galia y España, encontró allí á la ninfa Pirene (*pur*, fuego), y se prendó de ella. Habiendo muerto la ninfa, Hércules la sepultó derramando heróicas lágrimas, y para erigirla una tumba digna de ella, acumuló rocas y montañas, y á esta inmensa mole dió el nombre de su ninfa: Pirineos. (Silio Itálico, *Bell. Punic.*, 1, 3; Diodoro, lib. IV.) Esta fábula ¿significa la lucha del esfuerzo civilizador del hombre contra las fuerzas de la naturaleza primitiva? No lo sabemos; pero en el nombre de montaña de fuego, ¿no podrá verse un recuerdo del culto del fuego?

(2) El pico más elevado de los Pirineos. Chao, *op. cit.*; Fauriel, *Historia de la Galia meridional.*





siempre, á lo largo del Danubio, surgió la Germania, después la Galia, y por último, España, su tierra de predilección (1).

Durante largos años dominó la federación eúscara; pero como dicen los vascos, la conquista de los bárbaros, la invasión hiperbórea, sucedió y desposeyó á nuestros antepasados de su bello territorio, y en todo este país que se llamaba Iberia arrancó los robles de la libertad, los augustos árboles del Bilzaar (2). Este *Fuero* de Navarra, compendiado bajo Francisco I, es por costumbre de toda la antigüedad, de origen exento y libre, sin tacha alguna de servidumbre,

(1) ¿En qué época debe haber tenido lugar la primera emigración ibérica? Se ignora. Este acontecimiento debió verificarse, dice el citado Niancey, inmediatamente después de la dispersión general de los descendientes de Noé; puesto que ellos habían avanzado á esta comarca antes que los fenicios, que llegaron á la Península 1500 años antes de la era cristiana, y aun antes que los celtas, cuya aparición en tierra española era anterior á los fenicios. Montlezun, *op. laud.*

(2) Véanse en el abate Montlezun las pruebas del origen ibérico de los Aquitanios. M. Roget de Belloquet afirma también que los vascos son los vascones y que los vascones son iberos, es decir, eúscaros, descendientes de los aryaes.

sobre el cual nadie tiene derecho, ni en cuanto á las personas, ni en cuanto á los bienes; que se reúne todas y cuantas veces es su voluntad, y se hace tales estatutos y tales reglamentos que él juzga convenientes y útiles; este pueblo ha decaído de su gran poder. Las conquistas le han expulsado sucesivamente de sus primitivas posesiones; sacudido por treinta siglos de batallas, rodeado é invadido por las nuevas civilizaciones, lucha heroicamente contra ellas.

Ahora bien, de todos los enemigos que, durante su larga existencia, tuvieron que combatir las razas ibéricas, los primeros y los más terribles fueron los galos, y en particular la confederación de los celtas (1); cuya invasión en España (2) tuvo lugar antes del año 1600. Pero ¿quiénes eran estos nuevos invasores y de dónde salían estos bárbaros?

El odio de los vencidos ha conservado la huella de su origen. Venían del Norte. Es, pues, una nueva rama de población la que vamos á estudiar.»

(1) *Coill-ach* (habitantes de las selvas). Armstrong, *Galic. Diet.*; Thierry, I; Strabon, I.

(2) Freret, *Œuv. comp.*, t. VIII.

## CAPÍTULO III

Los galos.—Orígenes y emigraciones de los galos.—Confederaciones gálicas, confederación de los celtas.—Llegada á Europa.—Lucha con los iberos, fusión de cultos.—Emigración de los iberos.—Los sicanes en Italia.—Los ligures.

FUENTES: Niancey, tomo II.—Thierry.—Plinio, *Historia natural*, libro III.

Grande fué también el poder de los galos. Su nombre está todavía inscrito de un extremo á otro de Europa, ó al menos las denominaciones que impusieron han durado tanto como los siglos. Como Hércules, esta raza tomaba las montañas por trofeos; las marcaba á su paso desde la Albania (1) del Cáucaso, los Alpes de las Galias, los Apeninos de Italia, hasta la Albania de la tierra perdida de Escocia y de Bretaña (2).

Estos son también descendientes de los aryaes; estos son también, dice Niancey, de los iberos, porque Iber y Keltos eran hermanos (3). Su antigüedad era notoria; se les trataba de «pueblo salvaje del diluvio» (4).

Habiendo salido, como los iberos, de los confines del mar Caspio y del monte Cáucaso, errantes durante siglos, llegaron, en fin, hacia las riberas del Océano estos pueblos de piel blanca pintada de azul, de blondos cabellos (5) y ojos de azur. Armados con sus hachas y con sus cuchillos de piedra, con sus *gais* (6) endurecidos al fuego, estos rudos viajeros colocaban delante de ellos sus numerosos rebaños. Marchando por tribus confederadas, pasaron por las costas que habían atravesado los iberos, y apoderándose de las poblaciones esparcidas, habían to-

(1) *Alb*, *Alp*, montaña ó roca; *Apenn*, picos; *penn*, cabeza; *penyn*, capitel, en lengua gaélica. Thierry, *introducción*, t. I.

(2) Thierry, t. I; César, *Comment.*, V; Pomp. Melá, III; Plinio, XXII; Claudiano, *De Bello Get.*, etc.

(3) Dionisio de Halicarnaso, XIV, 3.

(4) Plinio, *Historia Natural*, lib. III.

(5) *Crne lacteo*, Diacre, *De Gest. Langob.*, IV.

(6) *Gasa*, lanza en kimrico y en gaélico.

mado posesión de la tierra desconocida llamándola de su nombre, *Gallach*, Galia. Después, lanzando al mar sus barcos de mimbre cubiertos con un cuero de buey, afrontaban los parajes más peligrosos del Océano é iban á arribar hasta el fondo de la isla blanca, en donde dejaban la huella de su nombre primitivo, *Albin*, *Albion*; y de la isla occidental, *Eir*, *Arya*, *Eirin*, Irlanda, en donde el sol se llama como en Caldea, *Beal*, *Belo*.

¿Quién había guiado á estos atrevidos exploradores? ¿en qué época llegaron? Nadie lo sabe. Pero por lejos que se remonte la historia del Occidente, y sin hablar de los celto-scythas que vagaban por las estepas entre la Europa y el Asia, se encuentra á los galos establecidos en ambos lados del Rin. Tomaban su nombre de su situación, y los que dominaban sobre el Ródano, eran los hombres del país alto, los allobrogos (1); los que dominaban en los Alpes, eran los pastores, los helvecios (2); los que sobre el Sena, los sequanes, hombres del tortuoso río (3); en fin, al S. de la gran confederación de los celtas, los hombres de las selvas (4). Aquellos van á encontrarse con los primeros habitantes, los antiguos iberos.

Aunque á tal distancia, y en ausencia de monumentos verdaderamente históricos, no se pueda fijar bien la época cierta de la venida de los galos á Europa, es probable que precediera

(1) *All-brog*, altas villas.

(2) *Eloa*, ganado; *ait*, comarca.

(3) *Seach*, que vuelve; *an*, agua.

(4) *Coille*, selvas. Thierry, t. I, *Historia de los galos*.